UN ÁRBOL PARA EL NUEVO MUNDO[1]

PAULA RIVERA DONOSO

INFANCIA

—Lo más importante son las flores. Ponles más amarillo.

Vilo se volvió hacia sus restos de lápices. Solo encontró un muñón encogido de un color que alguna vez había sido amarillo, pero que ahora parecía ocre. Lo que quedaba de punta se había ensuciado de tanto desplazarlo sobre trazos más oscuros, en su inútil intento por dibujar y pintar flores perfectas, aquellas que su abuelo veía en su mente.

Vilo quiso explicarle al anciano que aquel lápiz jamás podría acercarse a la tonalidad que él recordaba, por mucho que usara la cuchilla para limpiar la punta. Pero sabía que, si se animaba a hablar, terminaría diciéndole que ya no existía lápiz alguno en el mundo que fuera capaz de representar en el papel aquello que ahora solo vivía en su mente. Y decirle eso sería marchitar el árbol florido que el anciano había preservado por años en su memoria.

El niño estaba harto de ese árbol, que le había arrebatado su felicidad y que había convertido al abuelo en una criatura estancada en un pasado irrecuperable. Pero no podía renunciar ahora, no con esos ojos añosos clavados en la hoja.

Sus manos se hicieron una vez más con la cuchilla y, cuidadosamente, como si estuvieran pelando capas y capas de frustración, se afanaron en extraer los restos más sucios de la punta.

—Estás perdiendo la imagen. Mejor paremos con esto y volvamos a la historia —dijo el abuelo.

Era su forma de hacerle ver a Vilo que lo notaba cansado. Pero, lejos de sugerir un descanso, sus palabras solo suponían un nuevo motivo de agotamiento en su nieto. «La historia», como la llamaba el abuelo, no era sino el relato de cómo había elegido aquel árbol como su objeto del viejo mundo para preservar, y qué era lo que finalmente había logrado rescatar de él.

Vilo la había oído tantas veces que se sabía de memoria sus hechos más relevantes. Lo que era imposible de recordar con exactitud eran las palabras que el abuelo usaba para contarla, porque siempre eran distintas.

Vilo se había preguntado durante mucho tiempo cómo se las había arreglado el abuelo para revivir una y otra vez lo que había definido su vida sin enloquecer. Cierto era que muchos decían que el anciano ya estaba loco, como tantos otros que aún creían en ese descabellado proyecto. Pero él se resistía ante esas acusaciones. En realidad, la mayor parte del tiempo ni le importaba la posibilidad de que el abuelo pudiera estar loco; si en verdad lo estaba, entonces su locura parecía una bendición. La cuchilla nunca hacía mejor su trabajo como cuando defendía esta

[1] Este cuento se publicó originalmente en la antología española *Alucinadas IV* (Palabaristas Press, 2018).

convicción, y el amarillo que liberaba entonces era todo lo que necesitaba para continuar con sus dibujos.

Lamentablemente, aquel era uno de esos días en los que el hastío había ganado la batalla en su corazón.

Vilo se sentó desanimado sobre una piedra tibia para oír al abuelo. El desierto estaba quedo, como si él también deseara escuchar. Como si él también necesitara recordar una vez más que sus tierras habían estado vivas en algún punto irrecuperable del tiempo.

Y el abuelo comenzó:

—Tenía el nombre más hermoso, que sonaba a perfume y a país de cuento de hadas: falvacia. Fue el único árbol que conocí, pero eso nunca me importó. Todos los árboles estaban emparentados por sus raíces y conocer uno era conocerlos a todos, en lo que realmente importaba. Lo que importaba era mi amor por la falvacia.

»Las paredes de mi hogar estaban sucias y descascaradas. Nuestra ropa era el atuendo militar que nos habían obligado a vestir, y nuestro alimento las raciones que nos obligaban a comer. Todo era gris, a excepción de la falvacia. Cuando estaba en flor, llenaba mi vida de amarillo, de juegos y de esperanza. No me importaba que el mundo se estuviera haciendo pedazos. El poder y el dinero eran dos palabras muertas, que nada tenían que ver con el tacto rugoso de la madera, el olor penetrante de las flores o la intensidad de sus colores.

»Cuando me explicaron que la destrucción del mundo también significaría la pérdida de la falvacia, no quise creerles. Entendía que alguien quisiera destruir un mundo como ese, estéril, descolorido y triste, pero la falvacia era otra cosa, otro mundo. Pero, al mismo tiempo, el mundo en el que habitábamos había sido alguna vez fuente de maravillas como ese árbol que había llegado a amar.

El abuelo hizo una pausa.

Otras palabras, sí. La historia volvía a nacer, como si nunca se hubiera contado.

Y Vilo oía. Vilo, el desierto, las estrellas: el mundo entero. Lo que había quedado de él.

—Nos necesitaban a nosotros, los niños, porque teníamos la memoria aún limpia y fértil: porque aún podíamos consagrarnos a una sola cosa con nuestra vida entera. Yo elegí la falvacia, sabiendo que era algo demasiado íntimo para mí y no sabía qué utilidad podía tener para la sociedad del nuevo mundo.

»Cuando aceptaron mi propuesta, me sentí el más afortunado de la tierra: la falvacia sobreviviría. Tal vez no mi falvacia, pero sí su esencia. Y me sentí importante, también. Tenía una misión muy difícil, pero bellísima: preservar y rescatar algo de aquel mundo envejecido y enfermo que pronto acabaría y hacerlo vivir en uno distinto. Un árbol para el nuevo mundo.

»Por eso es importante para mí recordar y para ti dibujar. En mi memoria vive la última falvacia, pero a mí ya no me queda mucho tiempo. Seguramente tardaremos unos años más en llegar al centro de restauración más cercano. Si yo perezco antes, mi misión será la tuya. Tú tendrás que arreglártelas para llegar al centro y, ya que no puedes meterte ni en mi mente ni en mi corazón, tendré que llevar mis recuerdos a ti de la manera más precisa que pueda. ¿Lo entiendes, Vilo?

El niño asintió, pero ya todo estaba demasiado oscuro y su gesto fue engullido por la noche. No podía recordar cuándo había dejado de ver el rostro arrugado del abuelo mientras le contaba por enésima vez esa historia, que había vuelto a relatar como nueva.

—Ya es muy tarde y debes irte a dormir. Pero la imagen ha vuelto y ahí se quedará, por lo menos hasta mañana. Buenas noches, Vilo.

Antes de acostarse en su lecho, no se atrevió a dirigir su vista hacia sus manos. Deseó desesperadamente despertar al día siguiente y ver su piel coloreada. Sospechaba que el verdadero pigmento que le faltaba a las flores de la falvacia debía venir de una zona muy recóndita, a la que él aún no había logrado llegar.

PREADOLESCENCIA

El sol caía sobre la tierra como el martillo de un brazo infatigable, desatando olas de calor que volvían cualquier movimiento una tortura.

Pero Vilo, ajeno a este sufrimiento, dormía profundamente.

El chico solía soñar con aterradoras proyecciones del desierto que era su hogar: las dunas inclinadas de un lado en lugar del otro, el sol y la luna fundidos en una sola criatura que devoraba la piel con llamas congeladas, o un anciano derritiéndose hasta perderse en la tierra. ¿Con qué más podría haber soñado alguien que no conocía otro reino más que el de la arena ardiente?

Esta vez, sin embargo, el sueño fue distinto.

Vilo se vio en una tierra verde, color que conocía por los restos de lápices con los que aún pintaba. Los granos que la componían eran alargados y erguidos, y bailaban, siempre arrimados a su base, ante un viento que era dulce y sereno como un suspiro prolongado. Parecían caballeras mecidas por una fuerza tan misteriosa como antigua. Había también pequeños puntos coloridos esparcidos por doquier, creando los más insólitos patrones sobre el verde.

Las palabras vinieron desde un tiempo remoto a su memoria, a través de la cascada voz del abuelo: pasto, campo, flores.

Vilo avanzó por este desierto desconocido, todo suavidad y frescura. ¿Dónde se encontraría? No podía dejar de pensar en su abuelo, aunque nada a su alrededor pudiera recordarle algo de él. Quizá la asociación se debía a que aquel mundo parecía antiguo. Y el abuelo no solo era antiguo por su edad, sino por vocación. Mientras todas las personas que habían conocido se encontraban ora preocupadas de su presente, ora preocupadas de su futuro, solo el abuelo parecía vivir más en aquel frágil recuerdo de pasado que en el día a día. Casi daba la impresión de que su misión como guardián del pasado le importaba más por lo que le significaba preservar la memoria de la falvacia que por la responsabilidad de su restauración.

Pero, observando el mundo que se desplegaba a su alrededor, Vilo sintió que no tenía nada que reprocharle por eso. Esto de verdad parecía un mundo habitable. Sin embargo, al mismo tiempo parecía también el más irrecuperable de los mundos. ¿Habría por allí, en algún rincón del desierto conocido, más ancianos o ancianas, guardianes del pasto, del campo, de las flores?

Vilo sintió un estremecimiento ajeno. Se miró de pronto las manos y descubrió que no eran las suyas. Una marca de nacimiento, una sombra oscura sobre la piel con forma de medialuna, le hizo descubrirse dentro del cuerpo infante de su propio abuelo. Pero Vilo no tuvo tiempo de buscar su reflejo en aquel mundo para conocer así el pasado más íntimo del anciano, cuando su memoria estaba aún demasiado ocupada viviendo las experiencias que luego serían sus recuerdos de vejez. El temor repentino de perder todo lo que lo rodeaba se hizo más y más hondo en su pecho, y no hizo más que aumentar cuando la propia conciencia de Vilo llegó a entender que se trataba de un miedo que anticipaba una pérdida ya realizada en su presente.

En eso, el pasto comenzó a amarillear. La decadencia había llegado a aquel mundo de ensueño, convirtiendo lentamente a la naturaleza en yermo.

Vilo se sintió gritar con una voz juvenil que no le pertenecía, pero entonces un nuevo amarillo lo salva de la desesperación absoluta. No es el del lápiz de color casi desvanecido, ni el de las arenas vírgenes que ahora empiezan a devorar sus pies desnudos, sino el verdadero amarillo, aquel que tiñe el recuerdo mismo de la esperanza para que no sea olvidada. Aunque Vilo ha cerrado los ojos por el espanto, su resplandor se le mete por los párpados y encandila su oscuridad: debe abrirlos.

Allí ve entonces lo que tanto ha buscado: un árbol. La falvacia. ¿Cómo no reconocerla? Todos sus torpes dibujos no son más que una sombra pálida de su verdad, pero una sombra que ha logrado retratar la hondura de sus contornos reales, gracias a la insistencia y fe del abuelo. La imagen le quema la mente con su resplandor; ya no habrá de olvidarla. Así que a eso ha consagrado su vida, se dice el muchacho, y Vilo no sabe ya si quien está pensando es él mismo o la conciencia del abuelo. Da igual. En ese momento, ambos son uno solo, vencidas las distancias de la edad, de la memoria y del presente, de la abstracción y la materialidad.

Pero el sueño comienza a derretirse. Es el calor del exterior, de la realidad, devorándolo todo. Esto ya ha pasado antes, recuerda el muchacho, pero eso no evita que esta vez sean dos voces juveniles las que griten de dolor y de frustración: la de Vilo y la de su abuelo.

Vilo terminó su propio grito ya en el desierto de toda su vida, ante la extraña mirada del anciano, entre sollozos.

—La he visto, abuelo —dijo el chico, la voz entrecortada, llena de arena—. He visto a la falvacia en sueños.

El viejo no respondió, pero sus ojos se iluminaron como cometas: una última luz intensa antes de desvanecerse del todo en el firmamento oscuro de sus ojos.

—La has descubierto, Vilo. Ahora tú también la conoces. Ahora tienes la vida entera para restaurarla.

Vilo, remecido aún por lo que acababa de vivir, quiso expresarle por fin su miedo más grande del último tiempo, aquel que jamás se había atrevido a revelarle: que no consiguieran llegar a tiempo al centro de restauración más cercano. ¿Cuántos años llevaban viajando? El chico ya casi había abandonado la infancia. No tardaría demasiado en hacerse hombre. El abuelo, en cambio, era siempre viejo, pero cada día un poco más viejo. Vilo ahora lo sabía, lo percibía. Cada día no era ya un paso más hacia el centro, como siempre había querido, sino un día menos de esperanza para su abuelo.

Sin embargo, el muchacho no pudo decirle nada. El viejo parecía contento, con una felicidad tan intensa que se parecía mucho, demasiado, a la tristeza. No había ninguna palabra más que pudiera intercambiarse en semejante estado, así que solo pudieron hacer lo único que realmente podían hacer juntos, además de hablar: caminar.

Y el desierto siguió siendo el mismo al retomar el viaje, mientras aquellos dos compañeros seguían por sus propios derroteros de la vida: el abuelo, hacia la decrepitud; el muchacho, hacia la plenitud.

Pero Vilo nunca olvidó la imagen de la falvacia de su sueño.

ADOLESCENCIA

Siguieron viajando durante unos años más. Su vida, así como las dunas, se basaba en el movimiento: el de los pies, el de la esperanza. El que fuera.

A medida que el anciano había empezado a debilitarse y él a fortalecerse, Vilo tuvo que encargarse de coordinar las jornadas de viaje y las rutinas de alimentación y reposo. Aprendió entonces a cazar presas cada vez más difíciles y a prestar atención a cada nimio gesto de flaqueza en el abuelo. Las resmas que aún cargaban fueron lentamente empleándose para cosas más urgentes que aquellos bastos dibujos que las torpes manos crecidas de Vilo ya no podían trazar bien.

—¿Por qué no has vuelto a dibujar? —le preguntó el anciano un día.

—Agoté el amarillo, abuelo. No tiene caso dibujar una falvacia que no esté en flor.

Pero no era cierto, al menos no lo del amarillo. El muñón de lápiz aún estaba entre sus escasas pertenencias, pero Vilo no soportaba la idea de reconocer ante su abuelo que era su propia esperanza la que había olvidado cómo florecer.

Su arribo al centro había suspendido las consecuencias de aquella mentira. Los funcionarios de inmediato se encargaron de estabilizar el estado de sus demacrados cuerpos, sobre todo el del abuelo. Vilo apenas pudo soportar que los separaran; le resultaba muy duro recordar que, a pesar de los años y de la obsesión que compartían, seguían siendo dos individuos con un destino muy distinto.

Sin embargo, con el tiempo empezó a distraerse en su observación de aquel nuevo mundo al que había ido a parar y en el que seguramente habría de permanecer por mucho tiempo.

Todo en el centro era botones y palancas, y cada uno de esos artilugios, al entrar en acción, cambiaban algo del entorno. Era extraño, incómodo y hasta atemorizante. Sin embargo, desde que estaba allí, el muchacho había descubierto que no necesitaba concentrar cada fibra de su cuerpo en sobrevivir. Las mañanas y las tardes se volvían frescas con solo apretar un botón, y las noches abrigadas al mover una palanca. Cuando tenía hambre, ya no tenía que salir a cazar, sino apretar un nuevo botón y contemplar cómo una máquina llenaba un cuenco con una ración de pasta nutritiva.

¡Cuánta diferencia entre ese mundo y aquel que el abuelo le había revelado en sus cuentos, o aun que aquel que había conocido en su propio sueño!

Tan pronto Vilo recuperó sus fuerzas, insistió en saber sobre el estado del anciano. Y los funcionarios accedieron a revelarle la dura verdad: una silenciosa enfermedad, aunada al desgaste de años, tenía al abuelo al borde la muerte.

Todos sabían lo que eso significaría: si él moría, moriría también el último vestigio del recuerdo que había conservado tan fieramente por tanto tiempo.

—No tenemos aquí los recursos para sanar a tu abuelo, así que tendremos que inducirlo a un estado de suspensión vital para mantenerlo vivo, en lo que pedimos ayuda al centro más cercano —explicó un hombre—. Estamos casi aislados, así que ignoramos cuánto podrían tardarse.

Una mujer, apiadada ante la expresión del muchacho, explicó más claramente:

—Pondremos a dormir a tu abuelo. Permanecerá así por un tiempo indefinido. Nos importa tanto su vida como el árbol que ha salvado en sus recuerdos.

Pero Vilo continuaba aturdido.

—¿No tienen recursos para recuperar la falvacia de su memoria?

Los funcionarios se miraron.

—No. Ningún centro los tiene ahora mismo. Cuando comenzó el proyecto, se hizo con la esperanza de que progresáramos lo bastante como para llegar a recrear esos recuerdos a partir de lo poco que nos quedara de materia orgánica pertinente. Pero las consecuencias de la guerra fueron peores de lo que pensamos y se perdieron la mayoría de los repositorios de restos de semillas. Ignoramos si algún resto de semilla de falvacia existe aún. Hemos recuperado muchos ya, pero los de la falvacia no se encuentra entre ellos. De hecho, ni siquiera pudimos hallar información sobre ella en los registros. Debe tratarse de un árbol muy exótico.

—Si tuviéramos los restos de una semilla de falvacia, podríamos reconstruir artificialmente el árbol —intervino otra mujer—. Nuestros restauradores mnemotécnicos y oníricos pueden proyectar recuerdos y sueños almacenados muy profundamente en la mente, por lo que podríamos acceder a los de tu abuelo y conocer cómo es exactamente la falvacia. Esto nos permitiría modificar los restos de materia orgánica de los que disponemos para que crezca como un fiel reflejo de aquello que deseamos restaurar. Es algo que ya hemos hecho. ¿Quieres verlo?

Vilo asintió, sin terminar de entender todo lo que le habían explicado. Lo más importante, en todo caso, sí le había quedado claro: lo pondrían a dormir en un sueño muy especial, que espantaría al de la muerte. Si su abuelo estaba a salvo, entonces todo estaba bien.

El muchacho siguió a los funcionarios hasta un recinto especial. Allí estaba una anciana ciega, la memoria viva que había permitido la resurrección de un prodigio que se creía perdido: un pajarillo.

Vilo se le acercó y escuchó el relato de la mujer.

—Un trino es todo lo que tenía para recordar. Soy ciega de nacimiento y de niña mis padres me enseñaron a ver desde los sonidos. Los pájaros eran mis únicos amigos, así que aprendí a imitar su canto con mi boca para comunicarme con ellos. Nadie me creía que podía entenderles, pero así era. Estaban tristes y preocupados por la guerra, porque presentían que iba a acabar con todo lo que ellos amaban, y así fue. Antes de que pasara eso, me reclutaron para el proyecto porque no había nadie más que amara los pájaros como yo. No estaba segura de qué aspecto

tenían, pero conocía lo más importante: su voz. Yo cantaba y ellos respondían. Nadie creía que nos entendíamos, pero podían oír el diálogo de sonidos. Era suficiente para ellos.

»Y eso fue lo que recordé: el canto de los jilgueros. Para no olvidarlo, lo repetí sin parar por muchos años. No he conocido pena más grande que llamar a quienes amas y solo encontrar silencio, pero tenía la esperanza de que algún día tendría respuesta.

»Ya no recuerdo cómo llegué aquí, pero fue hace mucho tiempo. Me dijeron que habían estado a punto de recrear un jilguero a partir de otros recuerdos, pero que se habría tratado de un pajarillo mudo porque solo se conservaba su imagen. Es difícil memorizar canciones en un mundo como este, así que entendí y agradecí la oportunidad de darle un cuerpo al canto que yo sí había logrado preservar. Así recrearon al jilguero. Ven, te lo presentaré.

Entonces la anciana juntó los labios y emitió un sonido que Vilo jamás había oído y que no supo cómo describir, pero que le sonaba a agua viva, fluyendo gota a gota en un espacio alejado a la fría superficie del centro. Era un sonido hermoso, en el que se escuchaban también los ecos de muchos intentos frustrados de una niña por emitir la nota correcta que expresara la naturaleza de su amor.

Pero esa belleza fue superada por la del canto del verdadero jilguero, que apareció ante Vilo como un pequeño ser de formas suaves, respondiendo a los sonidos de la mujer con sus propios trinos, estos ya del todo inimitables.

Un pequeño ser de plumas amarillentas.

—Dice que está encantado de conocerte, Vilo.

Desde aquel encuentro, Vilo se acostumbró a pasear por el centro con ella. Su compañía lo hacía sentirse menos solo, pero a la vez extrañar más al abuelo. Había descubierto que contemplarlo así, inmóvil, ajeno tanto al mundo de la vigilia como al del verdadero sueño, lo hacía sentirse angustiado. No era el abuelo que él conocía, pero si era justo, casi todo lo que había aprendido a conocer a lo largo de su vida había cambiado al llegar al centro. Pero eran cambios tan artificiales como ese reposo forzado, como aquellas instalaciones o como el propio proceso de restaurar las existencias desaparecidas.

El desierto estaba muerto, pero a la vez tenía un revés de vida que nada de este nuevo mundo poseía. El calor asfixiante del día y el frío gélido de la noche; el sol que cegaba el cielo con sus rayos y la luna que invitaba a mirar las estrellas; el infierno de la dorada realidad y el cielo de aquel recuerdo verde.

En el centro no había dualidad ni cuestionamiento alguno. Y, a pesar de que en él se esperaban muchas cosas, no había verdadera esperanza. No había viaje ni recuerdos propios, solo la inercia heredada de continuar con deseos ajenos. Los funcionarios del centro eran los descendientes de aquellos otros que, en los últimos días del viejo mundo, habían ideado el proyecto. Personas que habían empezado a ver cómo cada una de las maravillas de su vida desaparecía y que habían tejido una idea desesperada para intentar recuperarlas. Sabían que no durarían lo suficiente como para ver la primera maravilla restaurada, así que se esforzaron en trasmitir su legado a las nuevas generaciones, para que ellas pudieran continuar sus labores y, quizá, concluirlas.

Pero habían cometido un grave error: no habían contado historias. Seguramente ninguno de ellos había tenido un buen abuelo.

«¿Por qué debemos traer estas maravillas al nuevo mundo?». Esta había la pregunta que Vilo había intentado hacerle a cada miembro del centro. Las respuestas, apenas variadas, daban círculos en torno a lo mismo: porque es necesario. Porque es el mundo de nuestros antepasados. Porque la humanidad se está muriendo y solo así podremos recuperarnos.

Respuestas vacías.

Ellos, que podían traer de regreso voces del pasado con tan solo rastrear sus ecos, eran esencialmente sordos.

—Yo he visto el árbol, Adina —le explicaba el joven a su amiga, para justificar su rabia—. Yo he visto la falvacia en sueños. He podido hacerlo por el amor que le tenía mi abuelo, por cada una de las historias en que expresó ese amor. Por un momento, yo soñé que era él y que me encontraba ante la falvacia. Era él, pero también era yo.

»Eso me diferencia de los funcionarios: a mí me importa salvar a mi abuelo porque es mi abuelo y porque he llegado a entender cómo y por qué ama la falvacia que deseamos restablecer. Ellos aman la posibilidad de sanar el mundo desde su superficie, pero personas como tú, el abuelo o yo amamos todo aquello que alguna vez hizo hermoso ese mundo.

Adina suspiró. Era una buena amiga, pero a pesar de su vejez, no era una verdadera abuela. No era su abuela. Abuelo solo se podía tener uno, y él había dejado al suyo en un lugar quizá aún más lejano que la propia falvacia que seguía custodiando en su sueño.

Con todo, juntos fueron a visitarlo a la cámara donde lo mantenían. Vilo tenía muchas ganas de confesarle todo lo que le había dicho a Adina, pero no era eso lo que el abuelo debía oír, sino otra cosa: una historia. Porque, si algo le había dejado en prenda además del recuerdo de la falvacia, era la importancia de las historias.

Los miembros del centro habían advertido que el abuelo estaba en un estado tal de inconsciencia que no era posible que escuchara ni entendiera nada, pero el muchacho no les prestó atención. La necesidad de expresar las palabras que llevaba año tras año acumulando era más fuerte. Eso, y el deseo de engañarse a sí mismo haciéndose creer que el abuelo solo dormía un sueño normal, en el que quizá soñaba que era un niño dibujando torpemente una falvacia con un minúsculo lápiz de color amarillo.

—Voy a contarte una historia —comenzó, apretando el muñón del lápiz, que ahora llevaba siempre consigo, como un amuleto—. Es sobre el encuentro entre un jilguero y una falvacia…

Adina sonrió.

ADULTEZ

Lo primero que vio el anciano al despertar fue un rostro barbón, que se le echaba encima entre risas nerviosas.

—¡Abuelo! Soy yo, ¡Vilo!

Vilo, Vilo… La palabra era nueva, pero algo en su sonoridad hacía pensar en días muy, muy lejanos. Días de sol y de luna: días de desierto y de un par de cuerpos perdiéndose entre las sombras calcinadas de la tierra.

Vilo, el pequeño Vilo y su rostro tostado, lampiño. Pero este Vilo era enorme y peludo. ¿Podía haber dos Vilo?

—Puede tardarse un tiempo en recuperar todos sus recuerdos —dijo una voz desconocida—. Pero podemos empezar ahora mismo el tratamiento y, cuando mejore su condición, proceder con la proyección.

El anciano no terminaba de entender lo que había oído, aunque segundo a segundo iba sintiéndose más despejado.

En las horas siguientes hurgó entre los escombros de su memoria en busca de respuestas, hasta que dio con un resplandor amarillo. Vilo, el niño Vilo, estaba en él, haciéndole señas.

Aferrado a esos dos recuerdos, al del chico y al del amarillo, el anciano volvió a ser el abuelo, aquel hombre que viajaba en compañía de su nieto para encontrar una forma de restaurar la falvacia. Pero, una vez que el pasado logró asentarse en su mente, vino entonces el vacío del presente.

—¿Qué ha pasado? —murmuró apenas, una vez que le permitieron a Vilo acercarse a él una vez más.

—Es una larga historia, abuelo.

—¿Una historia?

El hombre que se hacía llamar Vilo asintió y, por unos instantes, el abuelo logró reconocer en sus ojos el entusiasmo de aquel niño que se dejaba cautivar por el encanto de unas palabras que nunca eran las mismas, aunque hablaran de un mismo anhelo, una misma pérdida.

Ese hombre era Vilo, su nieto. Un hombre que había aprendido por su cuenta a hacer del anhelo y la pérdida una historia que contar, más para entregar un consuelo que una respuesta.

¡Al fin lo había reconocido…!

Los ojos del anciano se llenaron de lágrimas y abuelo y nieto permanecieron estrechados en un abrazo que les hizo olvidar urgencias y esperanzas. Pero no podían permanecer así y lo sabían: ahora ambos eran adultos y esa precaria intimidad de sus días en el desierto había acabado.

No estaban solos, ni eran libres; era el precio que habían tenido que pagar a cambio de esa historia que ahora Vilo ya casi había terminado de contar. ¿Había valido la pena? Si conseguían recrear una falvacia, debía valerla.

—Usarán una máquina para proyectar parte de tu inconsciente. Será como si viajaran por tu mente, hasta encontrar tu recuerdo de la falvacia. Aún no han encontrado los restos de materia orgánica necesarios, pero las máquinas se han refinado tanto en estos años que los funcionarios creen que será más fácil seguirle la pista a partir de lo que puedan reconstruir como imagen desde tus recuerdos. La verdad es que no he entendido muy bien qué pretenden hacer, ni cómo lo harán, pero sé que ahora estamos más cerca que nunca de recuperar nuestra falvacia. ¡Nuestra falvacia, abuelo…!

Los funcionarios llevaron al anciano a una nueva cámara. Intentaron explicarle en palabras sencillas el procedimiento al que iban a someterlo, pero el abuelo parecía tan ido que desistieron.

Y entonces comenzó el procedimiento. Vilo se quedó observando todo desde un ventanal y, ante la víspera de la realización de su esperanza, su corazón se estremeció.

¡Ah, si tan solo Adina estuviese aún a su lado! Ni ella ni el pájaro vivían ya, aunque su legado se había extendido y ahora nacían decenas de jilgueros en distintos centros a lo largo del continente. Pronto serían miles, millones de pájaros que cubrirían la aridez de aquel mundo muerto con sus trinos. ¡Pero Adina y el primer jilguero ya no estaban! Adina jamás podría sentarse bajo la fronda amarilla de la falvacia, ni podría su jilguero volar entre sus ramas.

Se habían demorado mucho, quizá demasiado. Pero lo habían conseguido. Vilo no estaba seguro de que él mismo fuese a sobrevivir para la resurrección masiva de las falvacias, pero al menos podría conocer al fin a *la*falvacia, tal y como su abuelo la había recordado con tanto coraje. Aquella imagen huidiza de su lejano sueño de juventud por fin definiría sus contornos, y al menos ella lo acompañaría durante todo lo que le quedase de vida. Eso ya era suficiente. Una gracia que entonces, incluso en su infancia, había temido que jamás pudiese recibir.

Los ojos de Vilo se llenaron de lágrimas.

Los funcionarios pusieron en marcha las máquinas con las que llevarían a cabo su esperado prodigio.

Pero Vilo esperó y esperó, y no vio nada.

Esperó, esperó y esperó. Una espera muchísimo más larga que la de toda su infancia y toda su adolescencia, y hasta más dolorosa, a pesar de que ahora se encontraba lejos de las dentelladas del desierto.

¿Qué estaba sucediendo?

Por fin, los funcionarios apagaron las máquinas y ayudaron a su abuelo a volver a su habitación. Vilo corrió a su encuentro.

—¿¡Qué ha pasado!? —gritó, como en un graznido. Poco le faltó para arrojarse sobre los sujetos, que fuera de una tenue expresión de desconcierto no parecían mostrar más emociones.

—No encontramos ningún recuerdo real asociado a la falvacia —explicó uno de los funcionarios, la voz neutra—. Aquel árbol no existe y nunca existió: fue una invención imaginaria de tu abuelo. Por eso nunca lo encontramos ni siquiera en nuestros detallados registros sobre los árboles. ¡No podemos recuperar algo imaginado…!

—Tu abuelo debe haber enloquecido allá afuera, como tantos otros —terció otro—. Quizá alguna vez sí resguardó un árbol real en su memoria, pero su recuerdo pudo haberse erosionado casi por completo y, por desesperación, haber creado un árbol ficticio para no sentirse culpable por esa pérdida. O quizá admiraba tanto a los protectores del mundo antiguo que quiso hacerse pasar por uno de ellos, a costa de su identidad y sanidad mental. Se han visto tantas cosas en estos tiempos…

Vilo comenzó a temblar.

—¡No es cierto, son ustedes los incompetentes…! El abuelo siempre me habló con mucho detalle de la falvacia, como si la hubiera tocado, como si la hubiera olido, ¡como si hubiera pasado una y mil tardes de la etapa más bella de su vida bajo la sombra de sus hojas y de sus flores amarillas…! ¡Cómo puede llegar alguien a inventar algo como eso! ¡Algo como un árbol entero…!

Uno de los hombres respondió, con una voz suavizada, casi enternecida:

—¿No nos decías que tu abuelo era un buen cuentero?

Vilo no pudo soportarlo más y se echó a llorar. Lágrimas de niño, lágrimas de adolescente. Y lágrimas, muy a su pesar, de hombre.

* * *

Los funcionarios le permitieron quedarse a solas con el anciano. Habían perdido buena parte de su humanidad, pero aún podían entender que un nieto quisiera hablar en privado con su abuelo durante sus últimas horas de vida. Sobre todo si, al parecer, los años que ambos habían compartido se habían sostenido en una prolongada mentira.

—¿Pero por qué, abuelo? —largó de sopetón Vilo—. ¿Por qué me hablaste de la falvacia como si de verdad existiera?

Una lágrima se deslizó por la mejilla arrugada del anciano.

—Porque yo quería que existiera.

Vilo sintió que algo le quemaba por dentro.

—¿¡Y por eso me mentiste!? ¡Por eso decidiste arruinar toda mi vida, desde que era un niño, entregando toda mi vitalidad y mis esperanzas a algo que no existía y que nunca existirá…! Porque tú querías que existiera —dijo, ahora en voz baja. Pero pronto los gritos volvieron a salir, desatados—. ¡Y cómo! ¡Cómo, si debías haber sospechado que ninguna máquina podría resucitar un árbol que no era más que una invención! Nada hay en este mundo que pueda servir como materia orgánica para algo imaginado.

El abuelo cerró los ojos, y así siguió hablando, con la vista velada, probablemente perdida en otra clase de recuerdos.

—El viejo mundo estaba lleno de maravillas, Vilo. De muchas te hablé cuando eras pequeño, pero fallé en descubrirte la más importante de ellas. Era esta una que tampoco existía realmente en el mundo natural. No era algo concreto, ni preciado para la mayoría de la gente en los tiempos en los que me tocó crecer, pero sí era lo más valioso para mí. Mi único tesoro.

—¿Más que la propia falvacia?

El abuelo ignoró la pregunta.

—Ese algo era el arte, el acto de crear algo que no existe en el mundo a partir de elementos dispersos presentes en él.

—¡El arte! —bufó Vilo—. ¡La restauración es casi un arte, entonces!

—No, no lo es. No me has dejado terminar —El abuelo suspiró—. El arte podía ser pintar con los más bellos colores un atardecer imposible, único e irrepetible, un atardecer imaginado, y traspasarlo a algo físico como un lienzo. ¿De qué nos sirve una réplica de atardecer si ya tenemos los nuestros, los verdaderos? Pues para darle un tipo de eternidad personal, para saber que podremos tener nuestra pintura para contemplarla cada vez que deseemos contemplar un atardecer y no podamos, por las limitaciones de la realidad. Y para hacer algo que jamás podríamos hacer con un atardecer real: para palpar sus colores. Para esas cosas, por ejemplo.

»En fin: el arte servía para transformar el mundo.

»Después del cataclismo, todos nos acostumbramos a hablar del viejo y del nuevo mundo, pero en el proceso olvidamos que el único de los mundos por el que vale la pena vivir y morir, el mundo que habría de actuar como puente entre aquellos dos, era el mundo imaginado.

Vilo guardó silencio.

—Por eso me inventé la falvacia.

»Una vez, de niño, vi un árbol con flores amarillas. Nunca había visto uno así antes y mi corazón se remeció por su hermosura. Viéndolo, sentí que todo iría a estar bien, a pesar de las desgracias que estábamos viviendo.

»Ese día, habíamos salido con mi familia a disfrutar de la primavera. Sabíamos que las tropas estaban acercándose a nuestro pueblo, pero teníamos todo listo para huir por la noche. Mis padres, sin embargo, querían que sus hijos se despidieran de la tierra donde habían nacido. Pero esa misma noche perecieron todos en un ataque sorpresa. Solo yo sobreviví.

»Durante los primeros meses, deseé no haberlo hecho. Mi esperanza, la del árbol de flores amarillas cuyo nombre nunca descubrí, fue un fracaso, pero no pude resignarme. Tenía que dar con esa belleza otra vez en el mundo; se lo debía a mi familia y a cada una de las personas que había sufrido como nosotros. Me lo debía también a mí mismo. Ese anhelo me mantuvo con vida y me dio la esperanza suficiente como para intentar tener mi propia familia.

»Pero ya sabes lo que pasó: los volví a perder a todos, menos a ti. Tú fuiste la gran alegría de mis últimos años, hasta hacerme sentir que había valido la pena pasar todo eso solo para conocerte.

Vilo se mordió los labios para no gritar.

—Por ese amor que me despertaste —prosiguió el abuelo—, quise entregarte la historia de la falvacia como una forma de esperanza para seguir adelante en este mundo decadente. Una transformación que me parecía mucho más profunda que el simple acto de restaurar cosas desde la ciencia, para fines utilitarios. De nada sirve recuperar uno por uno los elementos del viejo mundo, si los corazones no han aprendido su lección e insisten en repetir el ciclo odio y crueldad.

»Alguna vez el arte había intentado recuperar cosas aún más antiguas, de un mundo que quizá podríamos llamar «mundo de antaño», y lo había logrado desde su difusa materialidad. Una estatua de una madre abrazando su hijo no solo expresaba el amor entre dos personas, sino que también nos recordaba que incluso la dura y fría piedra era capaz de despertar al amor humano.

»La falvacia, hijo mío, nunca fue una mentira. Fue, ante todo, una voluntad de despertar la vida y la esperanza en este mundo muerto y desgraciado.

Vilo se agarró la cabeza con las manos, pero logró dominarse.

—Todo lo que dices es muy bello, como una historia… ¡Pero esto no es una historia! Así no son las cosas en la realidad. ¿Por qué no me explicaste todo esto desde el principio? ¿Por qué hacernos recorrer medio desierto para ir en busca de un centro que jamás podría hacer nada por nuestra pérdida?

El anciano esbozó una sonrisa trémula.

—Porque quería que los funcionarios tuvieran un vislumbre de su fracaso definitivo. El mundo que esperan reconstruir no vale nada sin belleza, sin historias.

—Los funcionarios no saben de fracaso. Me dijeron que ya han vivido esto otras veces. Para ellos no eres más que un desequilibrado, como otros que te antecedieron.

—Otros compañeros de imaginación, quizá. Entonces, si no pueden comprender esto, ¿por qué persistir?

—Por Adina. Tú no conociste a Adina, abuelo. Fue mi única amiga. Ella fue una verdadera guardiana del pasado y su recuerdo, una criatura llamada jilguero, logró ser restaurada desde esa misma belleza que mencionas, y su restauración merece ser contada como una historia.

—Entonces cuéntala, Vilo. Dibuja esa criatura con tus lápices y tus hojas. Encuentra las palabras adecuadas en tu memoria y en tu viaje y habla de esa mujer y de su búsqueda. Haz que el jilguero viva de verdad en los corazones de quienes te escuchen o contemplen tus obras, que cada uno de esos jilgueros avistados en nuestra realidad cobre una dimensión indestructible de verdad.

»Si te sientes defraudado por lo que te he hecho, lo entiendo. Olvida a la falvacia, renuncia a ella. Pero cuenta la historia de Adina y del jilguero; dibújala, también. Espárcela por el mundo, para que florezca en el corazón de los indicados.

Vilo suspiró.

—¿Qué significa todo esto? ¿Me estás pidiendo disculpas?

—No, hijo. Te estoy diciendo que lamento mucho haberte hecho daño, pero no puedo pedir perdón por una decisión de la que nunca dudé. Acaso deba pedirte perdón por no poder ayudarte a cargar este pesado fardo, y en lugar de esto darte una nueva misión. Mi tiempo se agota, Vilo, y solo tengo fuerzas para dejarte desafíos que ahora consagren tu adultez. Sin embargo, ahora te he dejado la libertad suficiente para que tú elijas si quieres aceptarlos o no. Jamás te culparé ahora por renegar de todo esto y de mí. ¿Qué es lo que quieres para tu destino?

Vilo no respondió. A cambio estrechó al anciano en un nuevo arranque de llanto.

Así se mantuvo, aferrado al maltrecho cuerpo agonizante de su abuelo, hasta que este murió.

Entonces, en algún lugar lejano de algún mundo aún más lejano, una falvacia conoció el otoño.

MADUREZ

Al cabo de los años, al fin los funcionarios reunieron todo el material que les había pedido Vilo: bloques de resmas y puñados de lápices de los más variados colores. Eran ya reliquias aquellos objetos, alguna vez comunes en el viejo mundo, aunque su valor había disminuido drásticamente en el tiempo.

Cuando al fin llegó el día, Vilo se arrodilló sobre la arena, justo enfrente de la precaria figura de metal que marcaba el sitio exacto del entierro. El desierto seguía siendo el mismo y habría sido imposible ubicar el lugar de no ser por esa figura, que Vilo había moldeado hasta hacerle adoptar la forma de un árbol. Sería ese uno que jamás crecería y que jamás daría frutos, claro, porque no estaba vivo, pero había sido lo único que el nieto había encontrado para marcar la existencia del abuelo en aquel mundo.

Allí, de rodillas, Vilo extrajo el viejo muñón de lápiz amarillo y con él y otros colores nuevos comenzó a dibujar una falvacia en una hoja. Pero los temblorosos trazos apenas consiguieron esbozar una silueta reconocible antes de que dejara escapar un gemido y arrugara la página, destruyendo su interrumpida creación.

El desierto oyó por largo rato el llanto de un hombre más cercano a la vejez que a la niñez, pero que sonaba como el vagido de un recién nacido, alguien que solo puede expresar así su confusión ante el acto de descubrirse en un nuevo mundo, una nueva vida.

Una vez que Vilo hubo terminado de llorar, enterró el fracasado dibujo bajo la arena humedecida por sus lágrimas y volvió al centro. Allí, tras añadir a su equipaje las hojas y los lápices de colores, pudo al fin expresar las palabras que llevaba mucho tiempo tallando en su interior: se iba.

Los funcionarios lo miraron con curiosidad.

—¿Te vas ahora? ¿Por qué? ¿Qué vas a hacer tú solo en ese enorme desierto que sigue siendo nuestra realidad?

Y Vilo sonrió, porque al fin sabía la respuesta. La acaba de descubrir en su despedida del abuelo, pero ahora sabía también que la había llevado como semilla en lo más hondo de su corazón:

—Voy en busca de un bosque para el nuevo mundo.